



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Tu nombre en una lata de refresco

Mtro. Rodrigo Megchún Rivera

Muy seguramente la mayoría de nosotros hemos visto la reciente campaña de la compañía refresquera más famosa del mundo, en la que nombres propios aparecen en las latas y botellas de esta bebida. Varios de nosotros quizás tengamos ya, incluso, uno de estos productos con nuestro propio nombre, como curioso adorno o recuerdo; o bien hayamos buscado el nombre de algún familiar o amigo para obsequiarle el refresco o, al menos, para brindar a su salud. ¿Cómo podemos interpretar esta reciente y, por cierto, sumamente exitosa campaña comercial? En estas breves líneas buscaré explorar una posible interpretación, dentro de las varias que pueden darse al fenómeno, a partir de algunos planteamientos de Louis Althusser. Prescindiré de algunos términos marxistas (sobre todo el de ideología) para no enfascarme en oscuras discusiones que pudieran empachar y enfermar a algunos lectores. En lo que sigue, salvo que se indique lo contrario, las citas corresponden a este filósofo francés en el análisis que hace del discurso religioso (citas endulzadas, cómo olvidarlo, con algunos eslogans de la refresquera).

En su análisis de la ideología religiosa católica, Althusser (quien de joven militó en un grupo de Acción Católica) hace una síntesis de este sencillo pero eficaz discurso. Según el cual, Pedro es interpelado por dios para decirle, "que dios existe y que (se le debe) rendir cuentas." En el discurso religioso, dios interpela al individuo como sujeto; es decir, "libre de obedecer o desobedecer al llamado." Dios llama a los individuos por su nombre (Pedro, Moisés): como sujetos dotados de una identidad personal. A lo cual los sujetos, en tanto tales, podrían responder: "Sí, ¡soy precisamente yo!"

En esta comunicación (en el marco de lo que plantea el discurso religioso), al obtener dios el reconocimiento por parte de los sujetos, "ellos ocupan exactamente el lugar" que el mensaje divino "les ha asignado" en el mundo. En su interpelación, dios asigna un lugar a los sujetos: sujetos con albedrío, pero también, sujetos que existen a partir de ser nombrados por dios. En palabras de Althusser, "la interpelación a los individuos como sujetos supone la 'existencia' de otro Sujeto (con mayúsculas), Único y central en Nombre del cual la ideología religiosa interpela a todos los individuos como sujetos." Este tipo de interpelación supone un centro o eje vertical desde el cual se nombra a los individuos. En nuestro caso, la refresquera se ha adjudicado el poder de nombrar: es ella quien reconoce a las personas; la que plantea un vínculo entre José, Ana, Pedro y la marca. Y es el sujeto (José, Ana, Pedro) quien acepta, adopta, refuerza el vínculo.

Como plantea Althusser, "Moisés, interpelado (...) por su nombre, reconociendo que era 'precisamente' él quien era llamado por dios, reconoce que es sujeto, sujeto de dios, sujeto sometido a dios." Así, al reconocerse en el llamado -y comprar y "disfrutar" de uno de estos refrescos-, el sujeto se somete a la refresquera y sus designios: "Dios es pues el Sujeto (con mayúsculas), y Moisés, y los innumerables sujetos del pueblo de dios, sus interlocutores-interpelados: sus espejos, sus reflejos. ¿Acaso los hombres no fueron creados a imagen de Dios?" A imagen de Dios también nuestro



nombre puede tener la grafía ondulante de la marca, los mismos colores: nuestro nombre impreso en una lata para la posteridad. Carne de su carne, resultamos hechos de la bebida. Según el discurso de la refresquera, la marca forma parte de la historia personal de los consumidores, de sus recuerdos de la infancia, de sus celebraciones.

"Como toda la reflexión teológica lo prueba (...) Dios necesita a los hombres (...) Mejor aún: Dios se desdobra y envía su Hijo a la tierra, como simple sujeto 'abandonado' por él, (...) hombre pero Dios, para cumplir aquello para lo cual se prepara la Redención final, la Resurrección del Cristo (...) para demostrar empíricamente (...) a los sujetos) que, si son sujetos sometidos

(a Dios), es únicamente para regresar finalmente, el día del Juicio Final, al seno del Señor..." La refresquera también nos necesita, pese a ser una de las transnacionales más poderosas del mundo: necesita que cada uno de sus interpelados consuman sus refrescos, compren una lata más, se reconozcan en la marca. Nuestra redención está en la compra del refresco: el paraíso instantáneo que nos promete ese oscuro brebaje. Y abunda Althusser: "Observamos que la estructura de toda ideología, al interpelar a los individuos como sujetos en nombre de un Sujeto Único y Absoluto es especular, es decir en forma de espejo (...) somete a los sujetos al Sujeto, al mismo tiempo que les da en el Sujeto en que todo sujeto puede contemplar su propia imagen la garantía de que se trata precisamente de ellos y de Él y de que, al quedar todo en Familia, Dios reconocerá en ella a los suyos, es decir que aquellos que hayan reconocido a Dios y se hayan reconocido en Él serán salvados".

En nuestro caso el juego de espejos ocurre cuando la refresquera nombra a los sujetos (primera imagen) y los sujetos, por su parte, se reconocen en la interpelación (imagen que se observa a sí misma); por lo que adquieren una lata o una botella, con lo que establecen un vínculo con la compañía. Como en el discurso religioso la refresquera ocupa el lugar único del centro para interpelar a su alrededor a la multitud de sujetos: Andrea, Cynthia, Laura, Jesús (los nombres cambian en todo el mundo, aunque aquí no hay un Tonatiuh o un Cuauhtémoc). "Todo queda en familia." No por nada la refresquera siempre ha buscado resultar asociada a dicho ámbito. ¿Acaso, hace unos años, su más grande presentación para el mercado mexicano no se hacía llamar "familiar"?: "La estructura especular redoblada de la ideología asegura a la vez: 1) la interpelación de los 'individuos' como sujetos, 2) su sujeción al Sujeto, 3) el reconocimiento mutuo entre los sujetos y el Sujeto, y entre los sujetos mismos, y finalmente el reconocimiento del sujeto por él mismo. 4) La garantía absoluta de que todo está bien como está y de que, con la condición de que los sujetos reconozcan lo que son y se conduzcan en consecuencia, todo irá bien: 'Así sea'."

En este juego de espejos (también establecido entre el análisis de Althusser y el de la presente campaña publicitaria) la refresquera interpela a los individuos por su nombre. Los sujetos se reconocen en el llamado y lo celebran (se trata de una de las campañas comerciales más exitosas de los últimos tiempos). No sólo ello, son obedientes al comprar el producto. Y tal es el meollo del asunto: los sujetos, en tanto tales, se comportan como sujetos sólo para comprar el producto. Son sujetos libres para hacer... lo que se les dice que tienen que hacer. Como rezaba uno de los anuncios de la refresquera, "les doy un minuto..." Así, pese a todas las campañas que pugnan por una -ironías aparte- mayor transparencia sobre los efectos en la salud producidos por los refrescos en general; pese a las denuncias de abusos de la refresquera contra los trabajadores en Colombia, entre otros sitios; de la sobreexplotación del agua en múltiples lugares del país; incluso del fraude de algunos de sus productos (como sucedió en Inglaterra donde el agua de manantial "Dasani", propiedad de la refresquera, resultó ser simple agua tomada de la llave); pese a todo, la marca se posiciona como el centro de enunciación, mientras el reconocimiento de los sujetos asegura que las cosas continúen como deben de estar: al consumir "Siempre" esta marca. El punto no es entonces la habilidad de la compañía y sus publicistas. El punto es que esta campaña genera -al nombrarlos- a unos sujetos que, en efecto, "Comparten" el refresco.

"La inmensa mayoría de los (buenos) sujetos marchan bien 'solos', es decir con la ideología (...) 'Reconocen' el estado de cosas existentes (...) Todo el misterio de este efecto reside (...) en la ambigüedad del término sujeto. En la acepción corriente del término, sujeto significa efectivamente 1) una subjetividad libre: un centro de iniciativas, autor y responsable de sus actos; 2) un ser sojuzgado, sometido a una autoridad superior, por lo tanto despojado de toda libertad, salvo la de aceptar libremente su sumisión (...) El individuo es interpelado como sujeto (libre) para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto, por lo tanto para que acepte (libremente) su sujeción, por lo tanto para que 'cumpla solo' los gestos y actos de su sujeción. No hay sujetos sino por y para su sujeción. Por eso 'marchan solos'. '¡Así sea!'." Estamos aquí en la esfera del consumo de un producto, de la libre

adquisición por parte de los sujetos-consumidores. Si de la vista nace el deseo, en este caso la pulsión ocurre al verse reflejados y reconocerse en un producto. El sujeto puede asumir gustosamente su papel de consumidor al ser interpelado, y marchar solo hasta el refrigerador más cercano, para encontrarse en un refrescante fetiche. En su conclusión Althusser se plantea: "¿Qué implica realmente ese mecanismo del reconocimiento especular del Sujeto, de los individuos interpelados como sujetos y de la garantía dada por el Sujeto a los sujetos, si aceptan libremente su sometimiento a las 'órdenes' del Sujeto? La realidad de ese mecanismo (...) es efectivamente, en última instancia, la reproducción de las relaciones de producción y las relaciones que de ella dependen." Con esta campaña la compañía se ha asegurado un

nuevo ciclo de ventas –y con ello su expansión–, pues el reconocimiento nominativo de la mayoría, paradójicamente, encierra el desconocimiento de los mecanismos con que tal producto procura sus ganancias. Para continuar con el paralelismo bíblico puede decirse que, "en el principio fue la palabra, y la palabra estaba con Dios y Dios era la palabra" (Juan 1:1). Una compañía se ha otorgado el poder de nombrarnos y, a su vez, en cada uno de nosotros permanece el poder de auto reconocerse y obedecer, o bien de prestar oídos sordos a palabras necias. Disfruten.

Para leer más:

Louis Althusser: *Ideología y aparatos Ideológicos de Estado*, México, 2008 (1ª edición en francés en 1970).

Consumo, luego existo. Ser libres en el caos organizado por la Razón instrumental

Mtro. Israel Lazcarro Salgado
INAH - Morelos

Hoy sabemos que de nueva cuenta, Estados Unidos se ha lanzado a otra cruzada contra un villano a modo, que como sabemos, se ha dado en llamar el Estado Islámico. Una vez más resuenan las palabras giradas desde el poder en nombre de la libertad y la democracia, y en contra del "extremismo". Una vez más el mismo desazón, la misma desconfianza respecto a los "nobles" propósitos norteamericanos, la misma impotencia frente al uso de la fuerza extrema que no hace sino traducirse en apatía. En verdad que nuestra "apatía", no está lejos del terror. Queda claro que desde 2001, con el atentado en New York, y sobre todo, desde 2006 para el caso mexicano, con la "Guerra contra el narco", se instrumentó el terror como principio gubernativo, en México y en todo el mundo. Y sin embargo, henos aquí hablando de libertades. ¿Cómo se conjuga la libertad con el terror? ¿Es posible? El despliegue brutal de fuerzas se enuncia libertario. Como un hecho de la Naturaleza, los Estados Unidos se han embarcado en otra guerra, y las noticias respecto a sus destrozos se conjugan con las de los huracanes y lluvias desmedidas. Quizá estemos una vez más, extasiados frente a esa aparente "domesticación de la muerte" de la que habló Theodor Adorno.

No ocuparé estas líneas para postular si ese extremismo belicista es o no justificado. Me preocupa más bien cómo es que su retórica libertaria, hueca a todas luces, parece sin embargo ser autorizada o al menos, tolerada por el mundo moderno del que formamos parte. Resulta que ya son bastantes los problemas del Estado mexicano como para ocuparnos todavía de los problemas del Estado islámico: que los Estados Unidos ejerzan su violencia en otro lado: "mientras que allá se metan, pues que allá se maten". Lo sorprendente es que la catástrofe ajena avala las propias calamidades como algo "tolerable". Podría decirse que la nuestra, es una sociedad perfectamente *disciplinada*. Por ello, es irónico, incluso dramático, que los más atroces proyectos de conquista y destrucción, se hayan montado justamente sobre el ideal libertario.

¿Cómo es eso posible? La respuesta fácil es aquella que postula la diferencia entre una "libertad verdadera" y una "libertad falsa". Pero apenas se la pone en práctica, brotan los quiebres de este discurso en una miríada de relaciones de poder y fuerza, que nos incitan a avalar como "libre" tal o cual práctica. Así podemos decir que "soy libre" porque salí de la prisión esta mañana; "soy libre" porque esta noche me iré de parranda; o "soy libre" porque renuncié al trabajo que me esclavizaba. Se nos dice que somos libres al elegir a nuestros gobernantes de la misma forma en que elegimos libremente entre una marca de refresco y otra. Desde luego, estoy siendo provocativo con estas líneas, evocando las mil y un maneras en que apelamos a la libertad en nuestra vida. Lo cierto es que al menos en Occidente, hablar de libertad no es nada nuevo: ya

la Roma imperial celebraba la *Libertas* como uno de sus principales cultos. Sin embargo, fue el liberalismo ilustrado, lo que el siglo XVIII nos legó con más fuerza: la racionalización más sofisticada que se haya hecho en torno a la libertad, de manera que su aparición es cada vez más frecuente y sistemática: de ser un discurso providencialista en los siglos XVI y XVII, progresista e ilustrado en el siglo XVIII, devino revolucionario en los siglos XIX y XX; para tornarse mercantilista en lo que va del siglo XXI. Salta la pregunta: ¿qué ha ocurrido en las modernas sociedades industriales? En 1951, apenas seis años después de la bomba atómica, Theodor Adorno lo describió así: "Los hombres han manipulado de tal forma el concepto de libertad, que acaba en el derecho

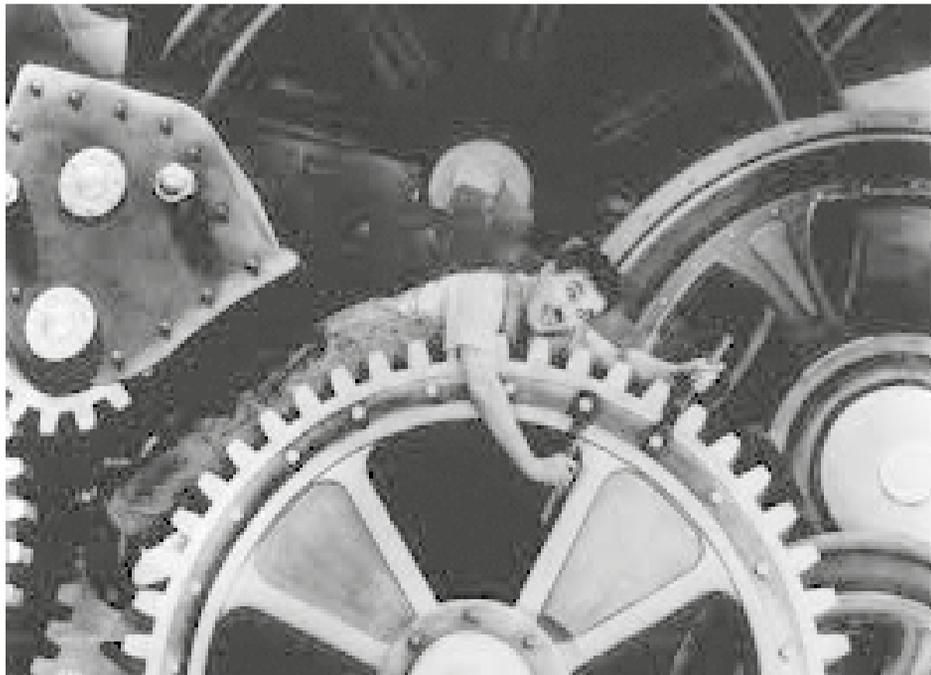


del más fuerte y más rico a quitarle al más débil y más pobre lo poco que aún tiene". Y no es fortuito que Adorno reflexionara en torno al concepto de libertad en aquella época. Aún resuena la frase que figuraba a la entrada de los Campos de concentración nazis: "*Der Arbeit macht Frei*" ("el trabajo hace libres"). Estas breves líneas tienen por objeto discutir la transmutación de aquel valor ilustrado, al hacer de la libertad una perversa herramienta ideológica con la que las sociedades industriales contemporáneas afianzan su dominio. Libertad eventualmente, se convirtió en la máscara publicitaria del poder capitalista.

La Razón emancipadora

Quizá nadie haya valorado más la libertad que los presos y los esclavos. Mas la experiencia histórica demuestra que incluso aquellos que no eran reconocidos legalmente ni como presos, ni como esclavos, se rebelaron innumerables veces: acaso el que es *libre*... ¿se siente libre?, ¿y acaso el que se siente libre, lo es? Entramos así en un asunto turbulento, muy delicado. Pareciera que una de las características de la libertad es su inasible y escurridiza sustancia. Lo cierto es que hay gente que se dice libre, e incluso, que se *siente* libre: ciertamente como advirtió Adorno, "los parques hacen soportables las prisiones a quienes no están dentro." De ahí que Foucault advierta que las prisiones hacen más por los que están afuera que por los que están encerrados. De manera que la libertad más que una realidad objetiva, es sobre todo emotiva: de ahí que sea tan poderosa. A través de los dispositivos adecuados, es posible tener la *experiencia* de la libertad, lo que la convierte en toda una *sensación*. Tal fue uno de los hallazgos del régimen nazi: la administración de sensaciones. Como veremos, esta será una gran lección para el orden que hoy vivimos.

Así pues cuando se habla de "Libertad", su sola enunciación remite a un mar de expectativas. ¿Existe? claro que sí, sobre todo como realidad discursiva, y en este sentido hablar de libertad se proyecta en *prácticas libertarias* que a su vez retroalimentan los discursos libertarios. Saber y poder forman el binomio que faculta a los sujetos, produciendo realidad. La libertad, el discurso, es tan real que sistemas políticos, naciones, instituciones y luchas sociales se sostienen apelando a este valor supremo. La Ilustración ofreció numerosas expresiones de su afición por la libertad. En 1781, Immanuel Kant, el más sistemático de los ilustrados, se reconoce a sí mismo y su tiempo, en estos términos: "Para esta ilustración no se requiere más que una cosa, *libertad*; y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer *uso público* de su razón íntegramente." Fue así que Kant casi convirtió a la libertad en un deber de la razón: "La pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo, a pesar de que hace tiempo la Naturaleza los liberó de ajena tutela (...). Es tan cómodo no estar emancipado!". Esta es la *Razón emancipadora*, la libertad ilustrada ejercida como *crítica*, capaz de destronar reyes y socavar añejas instituciones sacerdotales afirmadas en el engaño, la ignorancia y el dominio. Ahora bien,



Kant no está bordando en el vacío: la libertad habrá de ejercerse en un marco flexible de reglas lo suficientemente claras y racionales para que no haya lugar a la tiranía ni el caos. Se trata de una *libertad trascendental*, dada la imposibilidad de experimentarla empíricamente, pues es en principio “un problema de la razón”, de manera que la legislación conduce a la experiencia: encontramos que sólo dentro de la ley, puedo ser libre. ¿La ley de quién? Se entiende, Kant no está pensando en la ley del poderoso, sino en la Ley de la Razón Universal. *Hacia la razón instrumental*

Según la razón kantiana, la razón reconoce lo que es provechoso y lo que es perjudicial, definiendo así lo que serán sus imperativos: las “...*leyes objetivas de la libertad*, y que establecen *lo que debe suceder*, aunque nunca suceda, matiz que las distingue de las *leyes de la naturaleza*, las cuales tratan únicamente de *lo que sucede*...”. Es así que la razón emancipadora conduce a lo que *debe ser*, trascendiendo *lo que es*. En consecuencia, a través del sistemático ordenamiento de aquellas “leyes de la naturaleza”, el liberalismo mostró su rostro autoritario. Del primado de lo útil al voto “neutro” de la naturaleza, la ciencia moderna no distingue ya entre liberalismo y autoritarismo: elegir lo racional en función del orden natural de las cosas, empata todo postulado político con el Saber sobre la Naturaleza. En adelante, liberalismo y autoritarismo habrán de influirse “recíprocamente de un modo capaz de coadyuvar a la transferencia irracional a las instituciones de controles cada vez más estrictos” como Max Horkheimer, contemporáneo de Adorno, advirtió en 1973. He ahí el emparejamiento señalado por Foucault entre el humanismo y la disciplina. Eventualmente, las guerras y el terror, serán eventos tan racionales como ver llover.

Kant definió con meridiana claridad el juego de la libertad: sus límites están en la razón, y no están dados por la naturaleza sino como potencia o facultad. Si la libertad es un constructo de la razón, la *razón instrumental* se abocará sistemáticamente a experimentar, explotar y administrar los juegos de la libertad. La libertad se convertirá entonces en *el deber* de hacer todo aquello que se puede... porque se puede: tal es la libertad burguesa dispuesta a sacar provecho y utilidad del ancho horizonte de las posibilidades fácticas, incluidas las que sean aberrantes. Ciertamente la libertad de la razón instrumental está en función de apropiarse de los objetos puestos a su disposición, organizarlos y someterlos a sus categorías, sin mirar por la ética de tales actos.

En ese contexto, si el mal es una opción de la libertad humana, en su *libre elección*, el liberalismo burgués conllevó una apuesta optimista por el control y domesticación del mal por la vía de la ciencia y la razón, reduciendo el daño a “efecto secundario”. De hecho, el mismo Kant advirtió el peligroso camino a que conducía una “razón pura”, aplicada sin código metafísico alguno. La razón (hoy reducida a técnica) puede conducir a auténticos desvarios si no hay un soporte ético que regule su uso. Así Kant advirtió lo que Goya algunos pocos años después enunció sintéticamente: “el sueño de la razón produce monstruos”. No obstante, fue el mismo Kant, el que echó a andar el Frankenstein de la Razón pura. A partir de ahí, mediante esta *libertad de pensamiento* que la ciencia positiva avaló como *especulación*, el científico se las arregló para despojarse de toda responsabilidad en su reflexión: la puesta en marcha de las ideas como mero ejercicio autómatas sin mayor finalidad que su propio despliegue.

Fue así que tal como Horkheimer y Adorno advirtieron “el orden burgués establecido ha funcionalizado por completo la razón”, definiendo con ello

los esquemas en que habrán y deberán de jugarse las prácticas libertarias. Notablemente ha sido la sociedad burguesa la que instrumentó el discurso libertario de tal manera que éste obedezca a las leyes de la oferta y la demanda, de la trasgresión calculada, “la organización de toda la vida vaciada de cualquier fin objetivo”. El programa ilustrado en pos de la “desmitologización” del mundo y en el que se amparó el empeño burgués desde el siglo XVIII, pronto descubrió sus límites: “...la liberación fue mucho más allá de lo que tuvieron en mente sus creadores humanos. La desatada economía de mercado era al mismo tiempo la figura real de la razón y el poder ante el cual ésta fracasó. Los reaccionarios románticos no hicieron sino expresar lo que los burgueses mismos experimentaron: que la libertad conducía en su mundo a la anarquía organizada”. Quizá sea eso lo que hoy estamos viviendo con terror.

Y es que en la forma más comúnmente difundida de entender la libertad, en la “libertad positiva”, no se percibe ninguna fuente de poder ni de dominio explícito ni concreto, sino tan sólo un aparato legal, *neutral*, que garantiza y legitima un conjunto de *derechos y privilegios* que dicho aparato otorga al hombre libre. El individuo, eje y campo de batalla de las libertades, fue así inaugurado por la Razón trascendental. Mas con este repliegue individualista, esta libertad devino perversa: el Marqués de Sade, quizá bajo el mismo espíritu kantiano, impuso a sus personajes el *deber* de ser *libres*, hasta sus últimas consecuencias. Los “libertinos” ilustrados del siglo XVIII parecían sujetos a un *imperativo* categórico que les ordenaba el gozo. Ahí en el *deber de ser libre*, la razón instrumental dicta que se debe hacer lo que se pueda, precisamente porque se puede. La “funcionalidad sin finalidad, que justamente por ello se deja, acomoda a cualquier fin” recordó Horkheimer. En tanto que hombres libres, los *libertinos* ilustrados estaban *obligados* a ejercer su libertad, y como bien lo destacaron Horkheimer y Adorno, su derecho se tornó en deber.

Siguiendo a Horkheimer y Adorno, siendo la autoconservación (enfáticamente individual) el primado de la razón instrumental, aquel deber de ser libre, derivó en aquel célebre contrato social entre hombres libres, guiados por la razón, cuyos cálculos habrán de colocarlos sin peligro de error, en el imperativo de la adaptación, “la adaptación a la injusticia a cualquier precio”. Quizá como en ninguna otra época se advierte en las masas un descomunal esfuerzo por *adaptarse* a un mundo bajo el dispositivo discursivo de las prácticas libertarias. Como pocas cosas en el mundo, el ideal libertario hunde sus raíces en los más profundos anhelos, esperanzas y ambiciones de los sujetos conformados en el moderno mundo industrial. Su dimensión emocional le hace entrañable. De ahí que sea una poderosa arma política. Es curioso que haya sido la llamada “cultura occidental”, la que se ha desbordado por el mundo a fuerza de cañonazos y golosinas, la propagadora de dicho *valor universal*.

Así la razón que impera en el mundo moderno dicta el primado de la adaptación, elegir entre un amo y otro, conformarse, mimetizarse. ¿Cómo entender si no, el esfuerzo de las multitudes urbanas contemporáneas por hacerse de los últimos productos de moda en pleno goce de su libertad de elegir? Es por ello que las directrices del poder atraviesan al sujeto conformándolo a sus designios. Nos recuerda Foucault: “...lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función



El Instituto Nacional de Antropología e Historia
en el marco del 75 aniversario de su fundación y a
través del Centro INAH Morelos
se complace en invitarlo al

Homenaje a Carlos Barreto Mark

Que se llevará a cabo el día jueves 23 de octubre de 2014 a las
18:00 horas, en el Museo Histórico del Oriente - Casa de Morelos

Callejón del Castigo Núm.3 Col. Centro Cautla, Morelos
01 (735) 352 83 31 / museocasademorelos@hotmail.com



reprimir". De tal manera que aquel *deber de libertad* es uno de los dispositivos de poder que más han contribuido en la constitución del sujeto, como entidad individual. Y ello lo ha logrado en virtud de acudir justamente a los conflictos y perturbaciones que el mismo ejercicio de poder crea, desarrollando una supuesta alternativa que lo único que hace es profundizar el afecto y sujeción a esos mismos dispositivos de poder: la libertad, la individualidad, la unicidad, el placer, y las aspiraciones, no son sino los anzuelos con que el sistema capitalista (y el Estado del que se sirve) logra enganchar a los sujetos y someterlos a su propio proyecto, identificando los flamantes proyectos individuales con los fines del Estado.

Hoy en día, tras el dismantelamiento de los Estados a manos del capital trasnacional, esa identificación individual se impone, en principio con las empresas. No hay más patriotas tras la bandera. Lo que hay son consumidores, "fans" tras la marca. Así pues en su lucha por la singularidad, los individuos devienen masa, y no encuentran más remedio que participar de la maquinaria capitalista, para ser "libres", e incluso tan sólo para ser. Sitios como *Facebook*, quizá estén hoy entre los dispositivos más sofisticados en torno a la enajenación de la propia existencia. El Yo constituido se revela claramente como una mercancía más, que se objetiva a cada "canción favorita". ¿Acaso no los teléfonos celulares potenciaron el *goce* narcisista de los *selfies*? Nos encontramos con que un desarrollo técnico contribuye a nuestra forja como individuos, invocación técnica gracias a la cual recogemos fotográficamente los instantes más preciados... de cada día, objetivando, fetichizando la propia vida al punto de no ver el mundo sino a través de los lentes de la cámara digital (y el Otro que se supone nos mira). Avidéz por la vivencia, por el registro, escasez de sentido.

He ahí la paradoja que destacara Adorno: la novedad que se alza mecánicamente en este nuevo orden industrial, termina por banalizar el cambio, hacer de todo lo mismo, y proyectar sobre el mundo la sombra de lo ya visto. Pronto el Edén moderno se revela como un nuevo Infierno en el que pesa la maldición de una especie de rey Midas emocional que convierte en *aburrido* todo lo que toca, donde por más novedoso y revolucionario que parezca, no dejará de ser lo mismo, sin poder escapar de la rutina. Por eso, es entendible el paso de la

evidencia sensorial que tanto regocijaba a los positivistas, al sensacionalismo que tanto estimulaba (y estimula) a las sociedades fascistas. La dictadura de la sensación emprende una carrera armamentista, en la que la demanda de sensaciones exige cada vez mayor oferta de estímulos, conduciendo a la vaciedad de significados, no por ausencia de símbolos sino por exceso. En consecuencia, el sujeto a la libertad nunca podrá sentirse del todo libre.

De esta forma, como el propio Adorno pudo observar con horror, las masas sin posibilidad de recuperar aquella unidad idílica que alguna vez tuvieron con un Dios que se les ha extraviado, se precipitaron a ciegas en el abismo mortífero que prometía el nazismo, extasiadas ante la "domesticación" de la muerte. El sujeto se disolvió (en todos los sentidos posibles) en esa maquinaria, a la vez divina e infernal, en que se erigió el Estado fascista, y bajo el imperio capitalista no deja de suceder lo mismo. Con el neoliberalismo y el dismantelamiento de los Estados nación, se prometió un nuevo paraíso, una nueva forma de encontrarse con lo divino y afirmar la libertad por la vía del consumo. Si el antiguo orden marcaba: "fuera de la Iglesia no hay salvación", la razón ilustrada emergió con una formulación parecida, en la que la razón misma, el pensamiento, se convirtió en el eje ontológico dominante: *pienso, luego existo*, se transformó en un "soy fascista, luego existo" (*fuera del Estado, no hay salvación*), y de ahí a la otra máscara de Dios, aquella que hace decir: "consumo, luego existo" (*fuera del Mercado, no hay salvación*). Y pobre de aquel que no pueda o no quiera entrar en los juegos del poder, porque sencillamente "no existe": está en el Mal, o dicho de otra manera en el no-ser, la no-libertad. Acabar con esos entes marginales, en efecto, implicó para los nazis (o para las potencias de hoy en día) reducir a los *inexistentes* a la *Nada*. En el fondo, el dispositivo subjetivante no ha desaparecido: *pienso, luego existo*, bien podría traducirse en un "fuera de mí, no hay salvación", y es ese callejón solipsista al que el mercado le vende supuestas salidas libertarias.

Para leer más:

Horkheimer, Max: *Crítica de la razón instrumental*. Ed. Trotta, Madrid, 2002.
Horkheimer, M. & Th. Adorno: *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Ed. Trotta, Madrid, 2006.
Kant, Immanuel: *Crítica de la razón pura*. Ed. Taurus, México, 2006.



Exposición fotográfica temporal

Flores y encantos en el poniente de Morelos

Sala de introducción
Museo de Sitio de Xochicalco
xochicalco.mor@inah.gov.mx



Museo de Sitio y Zona Arqueológica de
XOCHICALCO



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gov.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez
Luis Miguel Morayta Mendoza
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Israel Lazcarro Salgado**
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores